

—Poco importa—contestó Frank.—Tomadlo como queráis.
—Escuchadme lo que voy a deciros—dijo Mordle, apoyando la mano en el hombro de Frank.—No consideréis el «no» como una respuesta definitiva.

—Nunca pediré dos veces a una mujer que se case conmigo—respondió Frank dominado aún por su conclusión número tres.

—Podrías pedirla veinte veces y consideraros muy dichoso si al fin y a la postre la conseguís, pero veinte no serían necesarias, puesto que os ama, amigo Carruthers.

—¡Qué locura decís!

—No digo ni locuras ni tonterías. Os he visto varias veces juntos, y os vigilo tan de cerca como se vigila a una oveja cuando se tiene miedo que se separe del rebaño. Vi lo que vos no habéis visto nunca y os vuelvo a repetir que no consideréis ese «no» como respuesta definitiva.

—¿Queréis que hablemos de otra cosa cualquiera?—dijo Frank. En el instante acudió a su memoria el antiguo proverbio que establece la diferencia que existe entre actor y espectador, y sin embargo, creyó que hay circunstancias en que vale más dejar a un lado los refranes por muy antiguos que sean. Hablaron de otra cosa, pero como suele suceder siempre en estos casos, de otra que se relaciona o da vueltas alrededor de la principal, hasta que Frank tiró la colilla del cigarro y dió las buenas noches al pastor. La alegre y enfática afirmación de éste consoló mucho a Frank, a pesar de su juramento de no reincidir y no pedir nada más. Una vez solo Mordle se irguió, y golpeándose el pecho exclamó con aire de aprobación:—Es un acto verdaderamente magnánimo alentar de esa manera a un rival, pero estoy curado por completo desde el momento en que tengo fuerzas para obrar así.—Y el reverendo repetía con mucha frecuencia esto mismo; tal vez lo estaba realmente; sea como quiera, lo cierto es que Silvano es aun hoy día célibe.

XV.

Extrañas confidencias

Frank se volvió a Hazlewood y disculpó lo mejor que pudo su extraña desaparición alegando que, habiéndole dado un fuerte dolor de cabeza, salió al jardín para tomar el aire. ¡Cosa más rara! Un horrible dolor de cabeza había obligado también a Beatriz a retirarse, no al jardín sino a su cuarto, en el que se encerró.

—Eso se debe, sin duda—dijo Horacio, el menos capaz de sospechar nada,—a que presienten la tempestad que se prepara.

A las once y media se retiraron los últimos convidados y el señor Turner, creyendo ver en el amigo de lord Kelson un aristocrático cristiano del tipo más ortodoxo, se despidió de él, demostrando gran efusión, sin figurarse que le había ofendido de la manera más cruel. Horacio y Herberto respiraron con más desahogo viendo alejarse de su casa a aquel convidado enemigo declarado de los juicios, y como tenían demasiado tacto para excusar semejante contratiempo, no lo hicieron, pero sí redoblaron sus atenciones para con el eminente estadista. Cambiáronse, por fin, las últimas despedidas y apretones de mano, y los dos hermanos empezaron a cerrarlo todo, preparándose para el resto de la noche y Frank siguió sus movimientos con una mirada vaga, mientras que iban de ventana en ventana colocando las barras y echando los cerrojos a las

puertas, y ni siquiera sonrió al ver que Horacio contaba los cubiertos en el cestillo de Whittaker,—el servicio de plata de los días señalados,—en tanto que Herberto, con dos botellas medio vacías, llenaba una, encorchándola después con mucho cuidado. Llenáronse todos los requisitos que imponían los deberes domésticos; guardáronse con gran esmero los cubiertos en pequeños saquitos de piel de gamo y los llevaron de nuevo a ocupar su sitio en la férrea arca.

Horacio y Herberto quedáronse mirando a Frank después de terminar ésta, para ellos, tan importante operación.—¿Queréis subir a vuestro cuarto o preferís velar todavía?—le preguntaron y Frank salió de su ensimismamiento. No tenía ganas de dormir.—Si no os molesto, me iré a la biblioteca para escribir algunas cartas. El aire fresco de la noche me desveló de tal manera, que creo que pasarán muchas horas antes de que pueda dormir.

Como es natural, el deseo de Frank les molestaba mucho, pero eran demasiado bien educados para manifestarlo y dieron orden a Whittaker que llevase una lámpara a la biblioteca, y Frank dió las buenas noches a sus primos.

—Os agradeceríamos mucho —dijo Horacio,— que antes de apagar la luz tuvieseis cuidado de bajar la torcida. ¿Seréis bastante amable, antes de retiraros, de dar la vuelta a la alfombra que hay delante de la chimenea? Eso la hace durar más tiempo.

Frank prometió hacerlo, admirándose al mismo tiempo de que una alfombra sufriese con el aire de la noche o el fresco de la mañana. Después de desear a sus primos que pasasen buena noche se encaminó a la biblioteca, en la que se encerró, quedándose a solas con sus pensamientos. Creó inútil decir que la soledad no contribuyó nada a que fuesen más agradables. Cansado al fin de tanto dar vueltas a la imaginación, púsose a escribir una carta a un su amigo para cambiar de ocupación.

La vista del papel y de la pluma le inspiró el pensamiento de confiar a este último, repitiéndolo por escrito, todo lo que dijera de palabra a Beatriz, añadiendo cuanto pensaba decir si no le hubiesen interrumpido tan bruscamente. Felizmente para él, su orgullo no le permitió olvidar tan pronto su conclusión número tres.

Quiso entonces distraerse y pensó que lo conseguiría

leyendo, y como era natural, dado el estado de su ánimo, buscó un tomo de poesías; a los enamorados les atrae la poesía como a los patos el agua. Cogió en el estante a Tennyson, y por primera vez en su vida simpatizó con el héroe egoísta, pero maltratado de *Locksley Hall*. Hojeó luego un tomo de poesías de la señora Browning y leyó toda la historia del poeta que, enamorado con ardiente pasión de lady Geraldina, tuvo, sin embargo, el espíritu bastante embotado para no adivinar que la señora de sus pensamientos participaba de ellos. Precisamente en el momento en que Carruthers terminaba la lectura del pasaje en que se narra de qué modo la encantadora señora penetró por la ventana en casa del poeta para jurar a éste un amor eterno, oyóse ruido en la puerta de la biblioteca. Un pensamiento loco, pero no inverosímil acudió a su mente con la celeridad del relámpago. ¿Iba a verificarse un segundo episodio en un todo semejante al de lady Geraldina? ¿Tal vez Beatriz...? Corrió hacia la puerta abriéndola de par en par;—¡cruel desengaño!—sólo vió la negra siueta de la Miller, la niñera de Enrique. ¿Qué le quería a aquellas horas de la noche tan sombría e insignificante persona? —¡Vos... Miller! ¡Qué! ¿ocurre alguna cosa?

—¿Me permitís, señor, que entre?

—Sí, por cierto; decidme qué puedo hacer por vos.

La Miller entró y cerró con mucho cuidado tras sí con gran asombro por parte de Frank. A pesar suyo no pudo menos de pensar en la angustia que experimentarían Horacio y Herberto si hubiesen sabido que a la una de la madrugada se hallaba hablando a solas con un miembro femenino de los que componían la servidumbre.

La Miller se acercó a Frank.—¿Me permitís, señor Carruthers, que os diga unas cuantas palabras?—preguntó la niñera expresándose con mucho respeto, mas con el acento seguro de una persona que sabe que cuenta con una respuesta afirmativa.

—Hablad—contestó Frank bondadosamente.—¿Ha ocurrido algo?

—Nada que vos no sepáis, señor—y el tono con que la Miller pronunció estas palabras fué tan significativo, que llamó la atención a Frank, al que este tono hizo comprender que la Miller no ignoraba lo ocurrido entre Beatriz y él, y esto le desagradó bastante. La idea de que su amor des-

deñado podía convertirse en tema de las hablillas de los criados, le disgustó sobremanera.—Veamos, decidme cuanto queráis—y Frank habló con más dureza que de ordinario y la extraña visita le puso la mano en el brazo.

Era una mujer de estatura bastante elevada y él hombre de una regular, de modo que sus rostros casi se encontraban uno al nivel del otro. Frank nunca se había fijado en la niñera y le llamó la atención la expresión intensa y singular de los ojos negros que iluminaban aquel rostro de ascética apariencia. Tanto le chocó, que se preguntó si aquella mujer estaba en su cabal juicio; pero la Miller se expresó muy razonadamente, aunque con acento vehemente.—Señor Carruthers—dijo,—hacedme el favor de decirme cómo amáis a la señorita Beatriz.

Esta pregunta, tan brusca como inesperada, dejó a Frank tan estupefacto como enojado, tanto que frunció enérgicamente el entrecejo.—No tengo costumbre de revelar mis secretos a... personas desconocidas—contestó cambiando las palabras, pues iba a decir «a los inferiores», pero esta era una expresión que no le gustaba emplear.

—¡Oh! ¡No me juzguéis mal, señor! ¡Decidme por favor!—y la criada se expresó con acento que revelaba su ansiedad.—¡Decidme que la amáis con todo vuestro corazón y vuestra alma, que la tierra que pisa es sagrada para vos y que la queréis y la idolatráis, siéndola fiel hasta que os separe la tumba! ¡Aseguradme todo eso y me haréis la más dichosa de las mujeres! ¿No es verdad que no os avergonzáis de vuestro amor?

Con tal vehemencia habló la Miller, que Frank olvidó por un momento que se hallaba ante una criada.—No—contestó lentamente, fijando la mirada en la pared de enfrente,—no me avergüenzo de amarla. No puedo adivinar por qué os interesa eso tanto, pero con todo, os diré que amo a vuestra señora tanto como es posible que un hombre ame a una mujer.

La niñera se inclinó y le besó la mano, murmurando al mismo tiempo algunas palabras cuyo significado no pudo comprender. A la mayor parte de los hombres, que no son ni reyes ni príncipes, les gusta poco que les besen la mano. Frank formaba parte de los que se hallan en este caso.—¿Tenéis que decirme alguna otra cosa?—preguntó.

—Eso únicamente, señor, ¿no es cierto que esperaréis?

—Esperar, ¿a qué o a quién?

—A ella, a la señorita Beatriz, señor Carruthers, ¿no daréis vuestra mano en un arranque de cólera a la primera muñeca que se presente y os dirija tiernas miradas? ¿No es verdad que esperaréis a la mujer que amáis durante cinco, diez, veinte años, si es preciso?—La Miller le oprimió el brazo al decir esto y su mirada suplicante se cruzó con la de Frank.

—No me casaré jamás con otra mujer—respondió éste.

—No, jamás, esperadla, que día ha de llegar en que sea vuestra esposa.

De pronto se le ocurrió un pensamiento al joven: ¿aquella mujer tan extraña fué allí impulsada por su propio deseo, o era una mensajera de Beatriz? Al pensar en esto, su corazón latió con fuerza.—¿Venís de parte de la señorita Clausón?—preguntó.

—No, señor. La señorita Clausón no es de esas mujeres que se valen de sus criadas para enviar recados. No sabe que vine a veros, prometedme que no se lo diréis, señor Carruthers. ¡Prometédme!—Y su demacrado semblante se puso aún más pálido al pensar que Frank podría hablar de su visita a Beatriz. Parecía tan desesperada, que se conmovió y le contestó que guardaría el secreto, pues por muy extrañas que le pareciesen las maneras de aquella mujer, creyó que sus intenciones eran buenas.

—Nunca me lo perdonaría—murmuró con acento de terror, como si semejante cosa fuese de esas que sólo el pensarlas aterra.

—Decidme por qué os interesáis de esa manera por lo que a mí me interesa—replicó Frank.

—¿Por qué me tomo tanto interés? ¡Porque la señorita Beatriz lo es todo para mí en este mundo y en el otro! ¡Porque sacrificaría mi cuerpo o vendería mi alma para evitarle el menor sufrimiento! Escuchadme, señor Carruthers—añadió la Miller con gran vehemencia,—hará unos cuatro años, cuando ella sólo tenía diecisiete, me salvó la vida impidiendo que me muriese de hambre; más aún que alimentarme y vestirme hizo que yo tomase apego a una vida aborrecible y me dió los medios de vivir. Os lo digo, os lo juro por lo más sagrado, si alguna vez llego a poner mi pie en el dorado dintel del Paraíso, cuando mis ojos lle-

guen a vislumbrar el esplendor de Dios y sus ángeles y mis oídos escuchan los armoniosos sonidos de las arpas de los bienaventurados y hervir detrás de mí el abismo de fuego, si fuese necesario dar un paso hacia atrás para conseguir su felicidad, lo daría aunque me condensase eternamente—dijo y su rostro adquirió una expresión radiante mientras pronunció este brillante apóstrofe, y cuando se pensaba que esto era el resultado de la adhesión de una mujer hacia otra, debía parecer forzado; pero, ¿se ha pensado alguna vez en lo profundo de la afección que una mujer puede experimentar tratándose de otra? Al mismo Frank que, como es de presumir, consideraba a Beatriz como digna de toda clase de adoraciones, le pareció que semejante manifestación tan singular de cariño hacia su señora era más exaltada de lo que requería la ocasión. No obstante, como la Miller cantaba las alabanzas de la mejor amada, Frank se enterneció y la habló con más dulzura.—Eso es pura idolatría—observó.

—Llamadlo como os plazca, señor Carruthers. Pienso todo lo que digo y mucho más aún.

—¿Y amándola cual la amáis, deseáis ver su felicidad entre mis manos?

—Sí, señor. Os estuve observando día por día y vi que la anabais, me informé, y no oí más que decir bien de vos. Además... y la Miller vaciló antes de continuar, y Carruthers confió en que terminaría la frase haciendo alguna alusión a los verdaderos sentimientos de Beatriz. Una sóla palabra de parte de la Miller indicándole que tenía muy buenas razones para pedirle esperarse durante un tiempo indeterminado, habría sido muy bien recibida. Los abogados y los enamorados pueden, sin ningún inconveniente marchar a la par por la felicidad con que les anima la menor esperanza.—Bien; y además, ¿qué?—preguntó al ver que vacilaba.

—Que ambos pertenecéis al número de los elegidos—contestó la niñera con un acento de extraña solemnidad.—En vuestras frentes está marcado ese sello.

—¿Qué queréis decir?—preguntó asombrado Frank. La niñera cruzó las enflaquecidas manos a la vez que sus ojos brillaban con fulgor singular.—¡Qué quiero decir!—exclamó con voz tan fuerte que Frank miró hacia la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada.—¡Qué qué

ro decir! ¿Será posible ¡oh! ¡Señor! que los seres benditos que están destinados a convertirse en santos puedan cruzar sobre la tierra ignorando su felicidad? Lo leo y lo veo en vuestro rostro y en el de la señorita Beatriz. Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos», y vosotros pertenecéis a estos últimos.

—¡Oh!—exclamó Frank que, hasta aquel momento, no comprendió que se las había con una fanática, y a su asombro sucedió una compasión mezclada de curiosidad y otro tanto de ironía.—Si se pudiese crear eso—replicó,—sería muy satisfactorio. Decidme en qué os fundáis para estar tan satisfecha por lo que a nosotros hace. vuestras creencias deben diferir de las vuestras.

—¡Creencias!—respondió con vehemencia la niñera.—¡Sois de los escogidos desde mucho antes que existiese ninguna creencia en el mundo! ¡A éstos se les coloca ese sello divino antes que exhalen su primer vagido. Un pagano que haya vivido en la ignorancia del nombre de Dios, podrá sentarse en las gradas del trono celestial, mientras que el que haya llevado en este mundo la vida de santo, puede ser condenado a las llamas por una eternidad.

—¡Vaya!—pensó Frank.—Esa es una predestinación cómoda en caso de venganza.—Y levantando la voz preguntó:—¿En qué os fundáis para estar tan segura del destino que nos espera, tanto a ella como a mí?

—Lo leo en vuestros rostros. Estáis destinados a gozar de la felicidad en este mundo y en el otro.

La predisposición que Frank tenía a burlarse de todo, impulsóle a preguntar a la Miller algo acerca del postroterino de Horacio y Herberto, con sus modales distinguidos, su buen corazón y sus costumbres femeninas, y no le habría disgustado conocer la del grave Whittaker y la de Guillermo Giles, el cochero. Contúvose, no obstante, al pensar que lo que para él era una diversión, revestía el carácter de una cuestión vital para la pobre mujer, pálida y demacrada, que se hallaba de pie ante él. No le agradaba tampoco entablar una discusión teológica, y a una hora tan avanzada de la noche representar el papel de Pelagio ante aquel discípulo con faldas de San Agustín. Constábase, además, que los argumentos de los que creen en la predestinación y en lo que es la consecuencia de ésta, la reprobación, no son lógicamente refutables por el mejor teó-

logo del mundo, aunque acaba de salir de Oxford, sin contar con que la teología no era de las cosas que más le agradaban y en vista de esto, contentóse con manifestarla con gran amabilidad la esperanza de que tuviese también seguridad de la propia salvación.

—¡Yo!—exclamó la Miller estremeciéndose con violencia. —He rogado con fervor día y noche, noche y día para obtener una respuesta, para reconocer la verdad por medio de un signo cualquiera, y la obtuve.

—¡Y bien! ¿Habrà sido satisfactoria?—replicó Frank, queriéndola distraer algo.

La Miller se inclinó hacia Frank, volviéndole a coger el brazo.—Soy de los que están bastante satisfechos—respondió con voz contenida pero vibrante. Su rostro expresó amarga desesperación que conmovió a Frank inspirándole profunda compasión aquella pobre mujer.—Creo, mi buena señora, que vuestras creencias son resueltamente diabólicas—la dijo,—y que lo mejor que podíais hacer es creer que allá arriba hay misericordia para todos los que la imploran. Idos a ver al rector, o al vicario señor Mordle, a alguien, en fin, que entienda de esas materias, para que procure volveros al buen camino. Ahora me parece que lo más oportuno es que nos despidamos.

—Buenas noches, señor, y gracias—contestó la Miller, recobrando de repente su tono mesurado y respetuoso. Inclinando la cabeza y con la desesperación pintada en el rostro y en todo su sér, dirigióse lentamente hacia la puerta.

Frank la detuvo.—Esperad un momento—la dijo,—quisiera escribir unas cuantas líneas a la señorita Clausón.

—Una carta de amor no servirá para nada.

—No se trata de eso—contestó esta vez Frank con alguna sequedad y la Miller se separó mientras que Frank cogía un plieguecillo de papel y se detenía un instante, porque después de lo que acababa de pasar no podía escribir una carta que empezase: «Mi querida señorita» o «Mi amada Beatriz». Así, pues, creyó que lo más acertado era entrar de lleno en la cuestión, sin usar apelativo de ninguna clase.

He aquí ahora lo que decía la carta: «Hice una pregunta, de la que aun no recibí la respuesta, decidme si preferís que me marche inmediatamente, o si debo esperar

ya que termine el plazo que marqué a mi estancia en esta casa. Vuestro respetuoso servidor, F. C.»

Terminada y cerrada dióselo a la Miller, qué la tomó muy a disgusto.—¿No la habéis escrito palabras duras?—preguntó.

—No, os lo juro.

—¿Y prometéis que esperaréis?

—Es preciso que espere, quiera o no—respondió con amargo acento Frank.

—Buenas noches, señor—dijo la Miller, y haciendo una reverencia salió de la biblioteca y Frank quedó sumido en profunda meditación, pensando que era muy extraño que después de transcurridas algunas horas desde que se desvanecieran todas sus esperanzas, dos personas enteramente distintas por su posición y carácter le animasen a esperar. Mordle con sus palabras optimistas y siempre alegres y la Miller con sus manías religiosas.

¡Pobre mujer! ¡Qué ideas más extrañas las suyas! Su austeridad rayaba casi en el éxtasis y parecía muy tenaz. Con sus teorías acerca de la predeterminación y la predeterminación dijérase que la faltaba muy poco para caer en la monomanía, aparte de que sus ideas asustaban. Y, sin embargo, si alguno de sus consejeros podía infundirle esperanzas era aquella mujer fanática y de carácter exaltado que venía a ser, por decirlo así, el brazo derecho de Beatriz de cuyos secretos podría considerársela quizás como depositaria o al menos colocada en una posición que la permitiera adivinarlos. De este modo, a pesar de su propia razón y de la lúgubre jerga que empleó la Miller acerca de los elegidos y llamados, la esperanza fué poco a poco apoderándose de nuevo del corazón de Frank por más que, a decir verdad, creo que en el fondo del corazón humano siempre queda alguna.

Decidióse al cabo a retirarse a su cuarto, preguntándose al mismo tiempo cuál sería la respuesta que recibiría a su carta. Es de creer que la promesa hecha a la Miller fué más sagrada para él que lo ofrecido a los hermanos Talbert, porque apagó de cualquier modo la lámpara y dejó la alfombra tal y conforme se hallaba antes de ir a la biblioteca. Al día siguiente de este otro lleno de peripecias, le llevaron una carta de Beatriz, y como en este mundo todo se confunde y mezcla, y tan grande es la poesía como la pro-

sa que se encuentra en nuestras modernas existencias, la llevaron, decimos, al mismo tiempo que el agua templada para lavarse. Era muy concisa y he aquí a lo que se reducía: «Os ruego que os vayáis. B. C.»

Y en una posdata añadía: —«Es lo preferible para vos. No me acuséis de dureza.»

Estrujó la carta entre los dedos y maldijo, sin duda, no a Beatriz, sino a la mala suerte que le perseguía. No podía marcharse aquella misma noche, porque un viaje tan repentino hubiera llamado la atención de todos, y sobre todo de los Talbert, que desearan tal vez conocer la causa, y ésta lo hubiera sido de habillitas o murmuraciones. Tuvo que apelar al recurso ordinario que suele emplearse en casos parecidos, pretextando que había recibido, y, en efecto, así fué, una carta o telegrama que le obligaba a marcharse al día siguiente, a más tardar.

Horacio y Herberto manifestaron mucho pesar al recibir la noticia que su primo les iba a abandonar tan pronto. Por esa razón, sin duda, le rogaron con mucho encarecimiento que no dejase de volver tan pronto como terminase el curso. Les prometió que así lo haría y sólo mediante esta falsa promesa consiguió no tener que dar la explicación de lo que en adelante hacía imposible su presencia en aquella casa. Como era natural, vió y habló, como de costumbre, con Beatriz; pero ni una sola palabra, ni una mirada aludieron en lo más mínimo a lo que pasara entre ellos.

Beatriz, por su parte, parecía intimidada y la apatía peculiar e indomable en ella había recobrado otra vez su predominio. ¡La curación del distinguido Frank Carruthers había fracasado por completo! Llegó el momento terrible de la despedida. Horacio empuñó las riendas y Herberto ocupó un asiento a su lado, y ya las maletas se hallaban en su sitio en la imperial del coche monumental. Frank se volvió para despedirse de Beatriz.

—Llegué aquí—pensó el joven—enfermo del cuerpo y me marché con una enfermedad crónica en el alma, una enfermedad moral de esas que tan difíciles son de curar, ¡no gano nada en el cambio!

—¿No queréis venir a acompañarnos, Beatriz?—preguntó Herberto.

La señorita Clausón retiró su mano, que tendía al viaje-ro, y vaciló. Frank volvió a otro lado la cabeza al obser-

var este movimiento; por nada hubiera mendigado esta concesión. De pronto, y con expresión resuelta que no evocaba para nada una pregunta tan sencilla, exclamó: —Esperadme un momento, voy en seguida—dijo alejándose. Y puede asegurarse que no tardó absolutamente más de un minuto en aparecer de nuevo con el sombrero y un abrigo puesto, para sentarse frente a frente de Frank.

Mientras duró el viaje hasta la estación, pocas fueron las palabras que cambiaron, y Beatriz se despidió de Frank sin ninguna afectación, en el momento en que éste ocupaba su asiento en el vagón; pero cuando el tren empezó a ponerse en marcha y Carruthers fijó cara a cara su franca mirada en el rostro impasible de la mujer a quien tanto amaba, le pareció que su corazón le latía con la misma fuerza que cuando era un colegial y sólo tenía dieciocho años. A la sazón, y esta vez de una manera definitiva, comprendió que no era fatuidad lo que hizo viese en la manera de presentarse de Beatriz un *no sé qué* que hizo se arriesgase a hacer una declaración, a la que tal vez debía, en la apariencia, al menos, el haberlo perdido todo. De este modo su corazón recobró algo de la perdida esperanza, imponiéndosele claramente la conclusión de que podría llegar una época en que a pesar de la número tres, por él formulada horas antes, se viese en la necesidad de reincidir en su petición. Y, dejando a un lado su orgullo, debó decir que esta confesión no le pareció de las más desagradables.

XVI

Una reclamación inesperada

Durante los tres últimos meses del año, Hazlewood no desmintió la fama que gozaba como casa tranquila y de vida regularizada con método sin igual, no hallándose sujeta a esos mil y un trastornos que turban la tranquilidad en las mejor dirigidas. A juzgar por la manera como se presentaban los acontecimientos, todo prometía un invierno sin trastornos, durante el cual podrían entregarse a sus acostumbradas ocupaciones Horacio y Herberto, que eran hombres de esos que saben emplear mucho tiempo haciendo poco trabajo y de esa manera no les parecían largos los días.

Beatriz, por su parte, hallábase al parecer, muy satisfecha con su amiguito, el de los rubios cabellos; éste empezaba a balbucear con ese lenguaje encantador propio de los primeros años, y sus modales y manera de conducirse con los Talbert probaban que había comprendido perfectamente cuánto cariño le habían tomado éstos. Era, pues, de creer al observarlo todo, que nada iba a turbar la tranquilidad paradisíaca de la quinta hasta que volviesen a aparecer los primeros pajarillos que acompañan a la primavera en los matorrales de los alrededores. No obstante, como todo lo humano es mudable, y aunque no previsto por los dos hermanos, preparábanse a lo lejos tempestades que habían

de hacer que se estremeciese en sus cimientos su pacífico hogar.

Llegó Navidad, durante cuyo día los Talbert hacían grandes sacrificios y repartían cuantiosas limosnas, y Silvano Mordle, que opinaba que los desheredados de este mundo tienen tanto derecho a los consuelos temporales como a los espirituales, hacía al llegar esas fiestas una colecta especial con el objeto de procurar a sus clientes más pobres un festín de que su falta de recursos les privaba. En esta comida los Talbert desempeñaban con tal satisfacción el papel de mozos de comedor y con dificultad, no conociendo sus gustos delicados, se habría adivinado que poseían excelentes corazones viéndoles partir enormes trozos de carne medio cruda y distribuir pedazos de pudding.

Herberto preguntó un día lastimeramente a Mordle si era indispensable que la carne estuviese preparada de esta manera, a lo que el pastor respondió sonriendo:—Si no estuviese así, creerían que era carne americana y no la querrían comer.

Es de temer que esta experiencia hiciese comprender a Mordle que con frecuencia se considera la caridad como una cosa debida y no como una generosidad que merece agradecimiento. Sin duda la terrible previsión de lo que iba a suceder por la tarde, hizo que aquel día los dos hermanos se mostrasen muy exigentes en lo que se refería a su propia suerte. Herberto solía decir con mucha frecuencia que no sabía por qué causa algunas gentes han de celebrar ciertas festividades del año, consumiendo una cantidad determinada de comestibles y bebidas de una clase especial, sin lo cual les parece que no hacen nada. Por eso sin duda, su comida se componía nada más que de pescado, un par de aves y una tortilla.

—No hemos pensado en Beatriz—dijo Herberto con aire contrito,—tal vez la habría gustado más un poco de vaca asada y un pudding.

Beatriz no se cuidaba del ayuno de Navidad, y por mejor decir, ni se acordó de comer ni beber. Desde hacía tres meses, se mostraba más pensativa y preocupada que de ordinario. No obstante, como no nos está aún permitido juzgarla más que exteriormente, rogamos se nos consienta no exponer aún los asuntos objeto de sus cavilaciones. Aquel día, lo que sin duda alguna la preocupaba era la idea de

una visita que proyectaba hacer a casa de su padre. Horacio y Herberto habían insistido mucho respecto a este particular, no porque desearan alejarla ni un solo día siquiera, —y esto se lo declararon con cariñosa franqueza,—pero era conveniente demostrar a todo el mundo que la familia Clausón era una familia a la que no separaba ninguna rencilla doméstica. Es una cosa que da gozo al ver cómo juzgan las gentes ingenuas a la sociedad creyendo que ésta se halla dispuesta a tragarse todo.

Beatriz siguió el consejo de sus tíos y se puso en camino al día siguiente de Navidad para reunirse con sir Maingay y su familia que pasaban el invierno en Londres. Con seguridad que no es posible contar el número de familias respetables que hacen lo mismo. Sir Maingay acudió a recibirla a la estación de Paddington como conviene a una persona que se respeta y tiene en mucho las conveniencias sociales. El baronet estaba más gordo y tenía un aspecto más vulgar que cuando la vió por última vez, y recibió perfectamente a su hija, pero creyó que el aspecto de ésta revelaba fatiga y hasta si se quiere era el de una persona enferma. Terminados los cumplimientos dirigidos a Beatriz, informóse del estado de salud de sus hermanos políticos Horacio y Herberto a los que estimaba mucho porque siempre le habían tratado con muchas consideraciones y preguntó:—¿Es cierto que han adoptado un niño?—Era indudable que había llegado a sus oídos una versión equivocada acerca del suceso.

—No, no han sido ellos, fui yo.

—¡Vos, hija mía! ¡Adoptar un niño! Creo que ya estás en edad de tenerlos por vuestra propia cuenta. Hace muchos meses que espero de un momento a otro recibir la noticia de vuestros desposorios.

—No me casaré nunca—contestó Beatriz con frialdad.

—¡Oh! ¡Creed que es lo mejor que podéis hacer!—replicó sir Maingay con mucha vivacidad. Y a continuación empezó una serie de alabanzas desmedidas acerca de la asombrosa precocidad de los dos hermanastros de Beatriz. El mayor dijo esto ayer y el más pequeño hizo lo otro anteayer y mil cosas parecidas a éstas y de interés tan palpitante. En el momento de llegar a su casa el baronet, hizo una observación aun más interesante.—La semana pasada—dijo,—trabé conocimiento con un pariente próximo

de vuestra difunta madre, un tal señor Carruthers, que estuvo en casa de vuestros tíos hace algún tiempo. Le dije que ibais a venir a pasar una temporada a nuestro lado y nos prometió que os visitaría.

Como estaba anocheciendo, nadie pudo ver el súbito rubor que cubría las mejillas de Beatriz que por un momento se quedó silenciosa, si bien a los pocos instantes respondió con acento tranquilo:—Celebraré mucho verle.

Lady Clausón se mostró muy atenta y condescendiente con Beatriz. Debía su buen humor a algunos éxitos obtenidos durante la temporada de los bailes y soirées, sin embargo, de lo que no desperdició ninguna ocasión de demostrar a Beatriz que era una extraña en la casa de su padre. Le presentaron a sus hermanitos lujosamente ataviados como si se tratase de una visita de cumplimento, y vió que eran dos criaturas que no llamaban la atención bajo ningún aspecto, y sin duda, debió ocurrírsele más de una vez al compararlos con la rubia cabecita que quedara en Oakbury. A pesar de su afectada cortesía, entre las dos señoras no mediaba la menor simpatía, pues como sucedía a otras muchas personas, lady Clausón era completamente incapaz de comprender a Beatriz.—No os caséis jamás con un viudo si os queda algún otro recurso—dijo en cierta ocasión a una amiga íntima.—Es imposible que nadie que no lo haya experimentado sepa lo que molesta una hija del primer matrimonio.

—Os creo—respondió la amiga con compasión.

—Si no la viese vestirse con tanto esmero—añadió con marcada tristeza lady Clausón,—creería que ha resuelto morir soltera y que a ese título podría hacer algo por los niños. ¡Tiene más dinero del que necesita una joven!

Carruthers se presentó en casa de sir Maingay y comió ahí, y alegando su lejano parentesco tuvo la audacia, nosotros podemos decir después de todo lo ocurrido, la humildad, de acompañar una tarde a Beatriz a un concierto clásico. Terminado el mes de Octubre, mil veces se representó su encuentro con Beatriz y mil veces se repitió de antemano lo que pensaba hacer cuando se presentase la ocasión. El resultado de todas estas combinaciones fué que las olvidó todas y se portó con arreglo a las circunstancias mostrándose amable, cariñoso y lleno de respeto. Como nunca hasta entonces experimentó el encanto que

la joven ejercía sobre él y a pesar de esto no se atrevió a volverla a hablar de amor, si bien en el fondo de su corazón sabía que uno u otro día repetiría para su dicha, o su desgracia esas palabras de ternura y de pasión. No había llegado aún el momento y esta jugada de dados debía ser la última.

La conversación que más de cerca tocó a ese escabroso tema fué la siguiente: Frank manifestó a Beatriz que acababa de recibir una carta de Horacio en la que le invitaban a pasar algunos días antes de la Cuaresma en Oakbury. —Eso me halaga mucho—la dijo.

—En efecto, es halagüeño—contestó Beatriz.—¿Iréis?

—A vos os toca decidir, no a mí.

Beatriz bajó los ojos y se calló. Frank esperó ansiosamente su respuesta.—¿Me lo prohibís?—preguntó con ese acento firme que a las mujeres agrada escuchar en un hombre. Beatriz permaneció silenciosa, por lo que Frank volvió a repetir la pregunta.

—No tengo ningún derecho para prohibiroslo—respondió al cabo.

—Sí, lo tenéis. Sin aludir al pasado no lo olvidemos; no nos conviene. Miradme y respondedme, ¿debo ir a Hazlewood?—Y cosa extraña, Frank habló con un tono de mando que nunca empleara hasta entonces con Beatriz. Tal vez a ésta no la incomodó porque haciendo un esfuerzo levantó la vista del suelo y le miró.—Es muy poco razonable lo que decís—murmuró.

—Poco razonable por mi parte, ¿no es eso lo que quisierais decir?—replicó con mucha viveza.—Yo soy quien debe decidir acerca de ese punto.

Beatriz le ofreció la mano con un movimiento espontáneo.—Podemos ser amigos, Frank—le dijo.

—Siempre—respondió éste.—¿Y ahora queréis que marchemos juntos?

Beatriz no opuso ningún reparo y la conversación acabó con esto en aquella ocasión. Los sueños de Carruthers fueron muy agradables aquella noche, y en cuanto a Beatriz, permaneció sentada más de dos horas en su cuarto, contemplando tristemente el fuego y hasta con desesperación. La línea que existía en el entrecejo de la joven, marcábase aquella noche con más claridad y parecía más profunda.

Si Carruthers fundó alguna esperanza en el viaje a Blacktown, pronto se desvaneció, pues un acontecimiento inesperado abligó a Beatriz a dirigirse sola y sin pérdida de tiempo a la residencia de sus parientes.

Una mañana Horacio y Herberto discutían con mucha gravedad acerca del estado de una pequeña bañera, cuya pintura se había deteriorado. Ambos opinaban de distinta manera y trataban o de deshacerse de ella enviándola a una agencia de ventas para que la vendiese en las mejores condiciones posibles, o de si era mejor mandarla componer. Herberto, queriendo contemporizar, opinaba que debía hacerse su compostura, y Horacio, que persistía en sus ideas, se empeñaba en deshacerse inmediatamente del mueble. La conversación era tan interesante, que los dos hermanos no oyeron el ruido de un coche que se paraba ante la puerta de la quinta. Eran las ruedas de un cabriolé, y Whittaker, que le vio entrar en el paseo principal y dirigirse hacia la casa, no pudo ocultar su desprecio. El ceremonioso ayuda de cámara no conocía, sin duda, la respetabilidad de que goza el conductor de un coche de esa clase, y para él después del *dog cart* era preciso cerrar la lista de los vehículos. El triciclo de Silvano Mordle lo toleró sólo porque pertenecía a un clergyman. El que guiaba el cabriolé hizo que bajase de él una mujer cuyo rostro coloradote rebosaba salud por todos sus poros y que vestía un traje de colores chillones. Uno de ellos llamó tímidamente, y después de pasar un buen rato, el digno Whittaker se decidió a ir a abrirles la puerta. El hombre preguntó si era aquella la residencia de los señores Talbert, cuya pregunta lastimó el oído de Whittaker, que hacía muchos años se hallaba en la casa y recordaba aún los tiempos en que la razón social «Talbert y Cia», era generalmente conocida y empleada. El ayuda de cámara replicó que estaban en casa, pero muy ocupados en aquel momento.

—Esperaremos a que nos puedan recibir—contestó el hombre.

Whittaker hizo pasar a los recién llegados, y todas sus dudas acerca de que fuesen personas de importancia se desvanecieron al ver el cuidado con que se limpiaban los pies antes de franquear el umbral de la puerta. Al observar esto, le pareció que había obrado muy acertadamente

ofreciéndoles dos asientos en el recibimiento, pues si bien eran personas demasiado respetables para obligarlas a permanecer en pie, la combinación del cabriolé y de los ruedos de la entrada probaba que no existía una necesidad al hacerlos entrar en el salón.—¿A quién debo anunciar?—preguntó.

—Somos desconocidos—dijo el hombre—podéis decir a esos señores que venimos por un asunto confidencial.

—Creo que lo mejor es decir vuestro nombre—dijo a manera de observación Whittaker.

—El señor y la señora Rawlings—contestó ésta, y Whittaker se dirigió al principal para ir en busca de sus amos y decirles que un señor y una señora Rawlings deseaban hablarles de un asunto confidencial.

—Rawlings—dijo Herberto estremeciéndose.—No conocemos a nadie que tenga un apellido tan horrible. ¿Qué clase de gente es, Whittaker?

—No sé, señor—respondió éste, y una vez que a sus amos les parecía tan horrible el apellido, se consideró algo ofendido al ver que podían atribuirle el conocimiento de las personas que lo llevaban.

—¿En dónde están?—preguntó Horacio.

—En el recibimiento.—Y el ayuda de cámara se creyó muy feliz porque no los había hecho entrar en el salón.

—Sentiríamos mucho, Whittaker, que hubieseis dejado entrar en nuestra casa a esas personas que se dedican a vender libros, o lo que es peor a revendedores de ropas, porque esos suelen siempre decir que van a tratar de asuntos reservados—dijo Horacio con mucha gravedad.

No obstante, armáronse con sus lentes y se apresuraron a bajar al vestíbulo para recibir la visita. Vieron una mujer tan mal vestida y con unos colores tan chillones, que Herberto no se pudo dominar tanto como su hermano y casi rechinó los dientes, y a un hombre de rostro pálido, ojos azules reventones, aspecto enfermizo y al parecer muy agitado. Los dos hermanos se preguntaron con gran asombro qué podrían desear aquellos dos tipos.—Nos dijeron que deseabais hablarnos—indicó Horacio con mucha dulzura. Aunque los Talbert eran de esas personas que difícilmente intimaban con nadie, no por eso dejaban de tratar a todo el mundo con mucha amabilidad.

—Quisiéramos hablaros reservadamente—dijo la mujer mirando en derredor.

Herberto se apresuró a abrir la puerta del salón y les hizo entrar en él.—¿Y ahora—dijo Horacio con amable tono para animarles,—qué es lo que podemos hacer por vos, señor Rawlings? ¿No es este vuestro apellido?

—Sí, señor—contestó el interpelado sacando del bolsillo una cartera y de ésta una tarjeta en la que decía lo siguiente: *Rawlings Hermanos.—Proveedores de carnes de cerdo, 142, Gray Street Londres.*

Horacio se estremeció y le pareció que la ira se iba apoderando de él.—No comemos nunca carne de cerdo—dijo, e hizo una señal para que Herberto tirase del cordón de la campanilla y mandase que acompañasen afuera a los visitantes. La señora Rawlings se interpuso diciendo:—No venimos a tratar de un asunto de esa naturaleza; he aquí de lo que se trata: He oído que el año pasado abandonaron a un niño en esta casa, enviado no se sabe por quién, ¿es exacto, señores, lo que nos dijeron?

—Completamente exacto—respondió Horacio. Y le pesó haber juzgado tan mal a aquel hombre, tomándole por un comerciante que procura despachar sus géneros.—¿Por qué hacéis esa pregunta?—añadió.

—Porque tanto mi esposa como yo tenemos fundados motivos para creer que ese niño es el que hemos perdido o que nos robaron hace más de dos años.

Es imposible dar idea de la expresión que adquirieron los rostros de los dos hermanos al escuchar esto, pareciéndoles muy absurdo que dos tipos como los que tenían en su presencia se atreviesen a reclamar la paternidad del protegido de Beatriz.—¡Imposible!—exclamaron los dos al mismo tiempo.

—No digáis imposible—contestó Rawlings.—Muy bien pudiera suceder que al cabo encontráramos a nuestro hijo. Hemos recorrido toda Inglaterra en busca de niños hallados en circunstancias parecidas a las que se encuentra ese. No veo por qué no puede ser nuestro.

—¿Para qué lo habrían enviado aquí?

—No lo sé, caballero, pero os aseguro que haré todo lo posible para verle; ¿podéis hacer el favor de enseñarnoslo? La situación adquiriría un carácter ridículo, y si algo en el mundo tenían los Talbert era el ridículo. Lo mejor para

concluir era enseñar el niño a Rawlings para que se convenciese de que no tenía nada que ver con él. Horacio llamó y mandó que bajasen al señorito Enrique. La niña, Sarah, al recibir esta orden creyó que se trataba de presentar a Enrique a personas de elevada posición y a toda prisa le puso sus mejores ropitas y le atavió como a un querubín. El niño entró corriendo en el salón; estaba tan hermoso como un amorcillo de Rubens y más fresco que una rosa. Contemplóle Rawlings y su trastornado rostro reveló la agitación que le dominaba, que era tanta, que sus ojos parecían quererle salir de sus órbitas.—María—dijo con voz ronca y dirigiéndose a su mujer,—miradle un poco. Tiene la misma edad que el nuestro, los mismos ojos, el cabello del mismo color, ¿no es ese nuestro hijo, María? ¡Respondedme y dad gracias al cielo por haberlo encontrado!—La mujer miró al niño, pero no respondió en seguida.—¡Es él! ¡Le reconozco!—repuso Rawlings.—Decídselo, María.—Confío en que lo sea—dijo su esposa.

Los Talbert se quedaron estupefactos al oír esto. El negocio adquiría proporciones inesperadas, y aunque de una manera vaga, les pareció que aquel reconocimiento era muy extraño.

—Estáis en un error muy grande, buen hombre—dijo Horacio.

—¡Oh! ¡No! ¡No señor, no estoy equivocado! ¡Oh, hijo mío! ¡Mi lindo niño! ¡Mi corderito perdido! ¡Ven a abrazarme! ¡Ven con tu padre!—dijo Rawlings y abrió los brazos con tanto ardor, que Enrique se asustó mucho, y en vez de aceptar la invitación corrió a ocultar su cara entre las piernas de Herberto, echándose a llorar con tanta violencia, que la Miller se presentó apresuradamente y se lo llevó porque había recibido órdenes terminantes de Beatriz para que Enrique no se convirtiese nunca en estorbo ni en origen de un disgusto. Horacio y Herberto, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaron a sus visitantes.

—¿Nos vamos a llevar en seguida a nuestro hijo, señores? ¿No es verdad que estáis conformes en que así sea?—dijo Rawlings.

—No, por cierto—contestó Horacio,—pues no disteis hasta ahora la menor prueba de vuestros derechos.

—Pero es nuestro hijo, caballero. María y yo lo reconocemos.

—Decidnos cómo llegó hasta aquí. De no ser así, no admitiremos vuestra reclamación. Es absurda y os debéis equivocar.

—¡Es absurda!—repitió Herberto.

—Decidme de quién es hijo, si no lo es mío—replicó Rawlings,—decídmelo y me marcho en seguida. Me burlo de la manera como vino. Le conozco. Le reconozco. Es el pobre niño que perdí, y os aseguro que volverá a mi lado, —y se exaltaba hablando. Horacio cada vez estaba más incomodado, y de pronto se volvió hacia la mujer.—Parece que tenéis más sentido común que vuestro esposo—la dijo.—¿Reclamáis también ese niño?

La mujer miró a Rawlings, y con ojos llenos de lágrimas contestó:—Sí, señor, creo que es mi hijo.

La situación adquiría cada vez peor carácter; pero felizmente para el niño, habíase captado de tal manera el cariño de los dos hermanos, que en esta ocasión halló en ellos ardientes defensores. A no ser por esta circunstancia, tal vez le habrían sacrificado en aquel mismo instante, aunque no hubiera sido más que por librarse de la importuna presencia de los que pretendían ser sus padres. Teniendo en cuenta el estado de las cosas, creyeron que lo mejor era contemporizar; así que, prometieron a los Rawlings que lo pensarían y que pasados algunos días le enviarían la respuesta de lo que hubiesen pensado. Rawlings escribió en el respaldo de la tarjeta las señas de la casa en que se hospedaban, y después de repetir muchísimas veces que no se dejaría robar a su hijo, al que acababa de encontrar, volvióse a su cochecillo con gran satisfacción de nuestros dos amigos, que en su vida habíanse visto en un apuro semejante.

Durante una hora permanecieron sentados acariciándose la barba y tratando de hallar una solución al negocio. La llegada del niño en la famosa noche del año anterior, no les apuró tanto como les molestaba el dilema que a la sazón se les presentaba. Entonces, al menos, y si así lo hubiesen deseado, tenían un modo de salir de sus apuros; pero en aquel instante, su imaginación acalorada no halló ninguno. Cuanto más meditaban acerca del asunto, más

imposible les parecía que aquellas personas de aspecto tan extraño y hasta grotesco, fuesen padres del niño. Rawlings afirmaba y sostenía con tanta fe su opinión, que la cosa parecía, indudable, pero nada podía hacer que los Talbert abandonasen la íntima convicción de que los padres del niño eran personas distinguidas. Además que la idea de que hubiesen enviado el hijo de unas personas como el señor Rawlings y su esposa a Hazlewood, les pareció un insulto de los que no se olvidan nunca. ¿Por qué entre todos los habitantes de la libre Inglaterra les habían escogido a ellos para sufrir la presencia de ese niño? ¿Por qué lo mandó a ellos y no lo envió a su domicilio legal? Había en todo ello una equivocación, voluntaria o involuntaria, esto era lo que a punto fijo no podían decir, pero era indudable existía un error.

Es preciso confesar que, a pesar de su cariño hacia el niño, los hermanos Talbert eran demasiado justos y razonables para oponerse a devolverlo a sus padres, pero eso, no obstante, no tenían intención de entregarlo al primero que se presentase reclamándolo. Además, ¿qué diría Beatriz? ¡Beatriz que quería al vivaracho Enrique tanto como a las niñas de sus ojos!

Con todo, a la sazón, apenábanse amargamente los dos hermanos, al pensar con cuánta facilidad habían accedido a los ruegos de su sobrina, y conservado en su poder a Enrique, pero a lo hecho, pecho, no habían medios hábiles para retroceder. Horacio escribió sin perder tiempo a Beatriz, contándole que se había presentado un matrimonio a reclamar el niño. Pero todo esto, como es natural,—la decían,—fué origen para ellos de muchísimos apuros, y habían pedido algunos días para pensarlo, además de que no querían hacer nada antes de su regreso.

Beatriz estaba sola cuando recibió esta carta, y se puso tan pálida y su corazón se oprimió tanto, que se dijo iba a perder el conocimiento. Sin perder un momento llamó y mandó que la arreglasen las maletas y a la hora del desayuno manifestó a lady Clausón que se veía en la imprescindible necesidad de marcharse por el primer correo a Blacktown. Sir Maingay no dijo nada, porque su hijo le había enseñado hacía mucho tiempo que era dueño de sus acciones.

—Acordaos bien de lo que os digo—declaró solemnemente

lady Clausón tan pronto como se marchó Beatriz, —esa joven hará un día algo que deshonre a la familia.

—¡Qué locura, amiga mía!—exclamó sir Maingay que llevaba el suficiente tiempo de casado para saber que su linda esposa no era todo lo que al principio se imaginara.

Beatriz llegó de improviso a Hazlewood; sus tíos habían salido a dar un paseo, y se presentó apresuradamente en el cuarto del niño.—¿En dónde está el niño?—preguntó con tanta vehemencia que asustó a Sarah que no llegó siquiera a sospechar todo el alcance que tenía la visita de la viéspora. El niño estaba bueno y en salvo, y Beatriz sin tomarse tiempo para cambiar de traje, le cogió en brazos, acariciándole y mimándole con acendrado cariño hasta que la anunciaron la llegada de sus tíos. Salieron al encuentro y la recibieron con mucho cariño.—¿Qué decidisteis con esos miserables?—preguntó expresándose con alguna violencia.—¡Hablo de esas personas que reclaman a Enrique!

—Aun no hemos decidido nada, querida Beatriz.

—¿No pensáis en abandonarle?

—Creo que nos veremos obligados a ello.

—Escuchadme, tío Horacio—replicó y sus mejillas se rojieron de color de escarlata,—no le cederé a nadie, absolutamente a nadie.

—Estoy seguro, querida Beatriz, de que os dejaréis guiar por nosotros.

—Es natural que así lo haga—dijo Herberto con bondad y ambos tenían necesidad de toda su energía, porque el pronunciado pliegue de la frente de Beatriz no presagiaba una entera sumisión a la voluntad de otro.

—No entregaré a nadie ese niño—replicó con acento de firmeza,—hasta que los que le reclamen me presenten pruebas de que efectivamente es suyo. Antes huiré con él para esconderlo en cualquier parte.

Horacio se quedó estupefacto al oír esta contestación.

—Nos causa mucha pena, querida sobrina, oír hablar de esa manera—dijo.—Ese niño es encantador, pero habláis de él como si fuese de vuestra carne.

Beatriz no respondió una palabra a esta observación, y para terminar, los Talbert decidieron escribir a Rawlings, diciéndole que el hecho de reconocer a un niño que había perdido hacía dos años, no era una prueba bastante de su

paternidad, y que a falta de otras más evidentes, se negaban a admitir su reclamación. Se separó de ellos Beatriz y los dos hermanos quedaron lamentando el nuevo aspecto, bajo el cual se les presentaba un individuo de su familia. A los dos días de ocurrido esto, recibió Horacio una carta y en la letra se conocía estaba escrita por un pasante de procurador. Enteróse de su contenido, y su lectura le consternó sobre manera. Sin decir una palabra, se la dió a Herberto, que a su vez la leyó y adquirió la misma expresión de su hermano. Cambiaron ambos una mirada expresiva y vieron que se habían comprendido. Horacio se volvió hacia Beatriz.—Beatriz—la dijo con voz tan solemne como la tumba y un tono tan decisivo como las leyes de los medos o de los persas,—es preciso devolver ese niño.

La joven se estremeció; pero antes que pudiese responder, la voz de Herberto repitió con aire no menos solemne y decisivo:—Beatriz, es preciso devolver ese niño.

XVII

Rendición sin combate

de aquí la copia exacta de la carta que cayó como una bomba en el pacífico hogar de los hermanos Talbert:

«Blacktown 31 Diciembre 18... A los señores Horacio y Herberto Talbert.—Señores: En la mañana de hoy hemos sido consultados por el señor Rawlings acerca de vuestra negativa a devolverle su hijo, Juan Rawlings, desaparecido hace dos años de una manera misteriosa, y que se encuentra en vuestra casa, según noticias que adquirí poco ha nuestro cliente. El sábado próximo y a las tres de su tarde, se presentará en vuestra casa con el objeto de llevarse a su hijo, esperando nosotros que no tendréis ningún inconveniente en devolvérselo. En caso de negativa por vuestra parte, tenemos orden recibida del señor Rawlings de emplear *inmediatamente* todos los recursos legales conducentes para reintegrarse en la posesión del niño, y motivos para asegurar que para apoyar su derecho presentará cuanto se necesite para probar la identidad de ese niño.

»Aprovechamos esta ocasión para ofreceros nuestra casa y servicios.—BLACKETT Y WIGGENS.»

No tiene nada de particular que después de terminada la lectura de esta carta y puesta en claro la intención del hombre del mal sonante apellido, de recobrar a todo trance al que llamaba su hijo, que Horacio se estremeciese y exclamase: ¡Es preciso devolver ese niño! Y nada de ex-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

traño era que Herberto, como un eco, repitiese la exclamación. Ambos pensaron con horror las consecuencias que podría tener para ellos el resistirse a parecida conminación; pero Beatriz fué la que se mostró más agitada de los tres. Se puso muy pálida, y sin poder dominar el temblor que agitaba su cuerpo, alargó la mano para coger la carta. Dióselo Herberto, y mientras la leía, los dos hermanos se miraban el uno al otro con ese aire triste y de grave reflexión, peculiar a los que desde mucho tiempo antes se han acostumbrado de la misma manera a comprender el deber y piensan cumplirlo, cueste lo que cueste. Cuando entre dos hombres, sean o no hermanos, se cambian esas miradas, puede decirse que se comunican nuevos ánimos para la lucha, sea cual fuere la naturaleza de ésta.

Beatriz leyó dos veces la carta y, sin contestar una palabra, se la devolvió a Herberto y luego se levantó, acercándose a la chimenea, en la que quedó parada, entreteníndose en dar golpecitos con el pie al dorado guarda fuego. Como estaba vuelta de espaldas a los dos hermanos, éstos no podían leer en su rostro la emoción dolorosa que se revelaba en lo contraído de su entrecejo y en la marmórea palidez que se extendió por sus mejillas. Si la hubiesen podido ver, no habría sido sorpresa lo que ambos manifestarían, sino desaprobación. Las personas bien educadas no deben manifestar emociones violentas más que cuando se trata de casos muy graves y en el presente estaba fuera de su lugar. Al cabo de un momento volvióse la joven para preguntarles:—¿Estáis completamente decididos a ceder a las amenazas de esas gentes?

Su voz temblorosa reveló el trastorno de su ánimo.

—No hay más recurso que hacerlo así—respondió Horacio. Herberto aprobó con un triste movimiento de cabeza la respuesta de su hermano.

—No podéis hacer nada—respondió Beatriz con un acento no exento de desprecio.—¿Qué derecho tienen sobre el niño? ¡Acordaos, queridos tios, de qué modo llegó a casa! ¡Cómo estaba vestido y cuánto esmero revelaba en todo él! ¿Es, acaso, verosímil, que sea hijo de semejantes personas? ¿Quiénes son? ¿Unos salchicheros?

—No, proveedores de los salchicheros—dijo Horacio, al que agradaba mucho la precisión en todo.

—¿Cómo queréis que Enrique sea su hijo?—replicó Beatriz.

—En cuanto a los niños, los hay de todas clases, y ya habréis observado que de padres horribles y vulgarotes nacen hijos encantadores, querida sobrina—observó Herberto pronunciando esta sentencia con tanto énfasis como si acabase de descubrir un nuevo proverbio de Salomón.

—Dejando esto a un lado—añadió Horacio yéndose derecho a la cuestión,—lo principal es que reclaman al niño y están decididos a acudir a los tribunales.

Suele suceder, aun al abogado más listo, equivocarse alguna vez en la aplicación de la ley, y Horacio fué víctima esta vez de una equivocación. Si hubiese sabido que, a pesar de toda su curialesca palabrería, los señores Blackett y Wiggins no podían obtener la devolución del niño más que mediante un ordenamiento de *Habeas Corpus* o valiéndose de cualquiera otra misteriosa operación llevada a cabo ante un tribunal civil, tal vez se mostrara más dispuesto a despreciar la amenaza del empleo de todos los medios legales. Su error demuestra plenamente hasta qué punto sería conveniente consultar a todos a cada paso a los simpáticos abogados, lo que en todo caso sería también muy útil, sobre todo a estos últimos.

—¡Ante los tribunales, querida Beatriz, ante los tribunales!—repitió Herberto, aceptando dócilmente la interpretación de su hermano.

—Decídes que lo hagan y presenten las pruebas que posean—respondió Beatriz.

Los hermanos, como impulsados por el mismo pensamiento, hicieron con la mano un expresivo gesto de horror.—¡Querida Beatriz—dijo Horacio con la solemnidad de un obispo que reprende a un cura,—por el amor de Dios, sed razonable, no os dejéis arrastrar por la pasión! ¡No os pedimos más que eso! ¿Cómo queréis que nos presentemos ante un tribunal a responder a una reclamación de esa naturaleza? ¿Os imagináis siquiera hasta dónde llegarían las habillitas y lo que inventaría la maledicencia para desacreditarnos? ¡Eso sería el ridículo para todos! ¿No creéis que sería preferible la muerte a él? Esto hará que comprendáis lo absurdo de vuestro pensamiento y la imposibilidad de prestar nuestro consentimiento.

—Sí, Beatriz, debíais comprenderlo así, estoy seguro de ello—añadió Herberto a renglón seguido.

Si ésta no tenía bastante lucidez de espíritu para comprender cuánta verdad encerraban las palabras de sus tíos y lo imposible de llevar a cabo el acto que le exigían, estoy seguro de que todo el que se enterara de lo que se trataba se habría puesto en contra suya. ¡Horacio y Herberto arrastrados ante la justicia y acusados por un tal Rawlings proveedor de carne de cerdo, de detener ilegalmente al hijo y heredero del susodicho proveedor! Semejante acontecimiento haría mucho ruido, no sólo en todo Oakbury, sino en gran parte de Blacktown, haciendo que a muchos se les erizasen los cabellos. ¡Pensad en lo que dirían de ellos las familias en buena posición! ¡Pensad, amigos míos, en la amarga decepción de las infinitas personas que creyeron que el niño procedía de una familia de elevada clase al saber que su origen era, por el contrario, tan humilde!

Y aun en el caso de que el señor Rawlings fracasase en su empresa, el escándalo que el suceso produjese no dejaría de ser mayúsculo. Todo esto pensaban los dos hermanos y les hacía sufrir y vacilar. Todo el mundo se admiraría al tener noticia de la extraña tenacidad de los Talbert para guardar al niño, y el extraño capricho de Beatriz no sería una excusa suficiente. Conocían sobradamente el mundo y la mezquindad de sus juicios, y si una vez arrosaron por deferencia el qué dirán de las gentes para satisfacer un capricho de su sobrina, el asunto iba tomando un cariz demasiado grave para que lo hicieran una segunda vez y se tuviera en cuenta el deseo de una joven.

Creyeron que no les quedaba más que un camino que seguir y era el de que, tan pronto como vieran aparecer el coche de Rawlings a la puerta, llevarle a Enrique para que se lo llevaran en su compañía. No se avino, empero, Beatriz a razones y volvió a la carga.—No estoy conforme con lo que me decís—exclamó,—estoy segura de que si ese hombre se presentara a reclamar una de vuestras posesiones no se la daríais.

—Una tierra no llega de improviso en medio de la noche, hija mía—respondió Horacio, no como el que quiere decir un chiste, sino un hecho indiscutible.

—Buscad una comparación más apropiada, querida mía

—dijo Herberto.—Supongamos por un momento que encontráis en medio de la calle un soberano y que un hombre se os acerca jurando que la moneda es suya, a pesar de que os sobran las razones para dudar que lo sea; tengo la certeza de que se la dais para evitar toda discusión enojosa.

—No lo creo—contestó Beatriz resueltamente.

—¡Oh! ¡No dudo ni por un minuto tan siquiera que lo haríais!—replicó gravemente Horacio.

—Tengo la seguridad de que lo haría—añadió Herberto. Pero Beatriz no quiso continuar la discusión sobre este ingenioso argumento.

—¿Es decir que nada... ni una súplica mía os haría cambiar de modo de pensar?—preguntó.

Los dos a una menearon la cabeza con triste ademán; les lastimaba negarse, pero veían más lejos, adivinaban cuál era el porvenir y en su imaginación evocaban las horribles consecuencias de un pleito con Rawlings. Beatriz comprendió que sería inútil insistir más.—Voy a meditar acerca de esa petición—dijo con el tono de una persona fatigada, abandonando a los árbitros del destino de Enrique.

—Debo manifestaros—dijo Horacio a la vez que sus mejillas se cubrían de ligero rubor,—que ambos deploramos con toda nuestra alma el que la dura necesidad imponga esa solución. Generalmente no damos pruebas de querer mucho a los chiquitines; pero vuestro amigo se condujo con tal cordura, que confesamos franca y lealmente que, a habernos sido posible, le diéramos asilo bajo nuestro techo hasta el instante en que hubiese tenido asegurado su porvenir.—Beatriz le cogió la mano y se la estrechó.—¡Gracias!—exclamó con expresión de agradecimiento. Y se alejó saludando al pasar a Herberto, que tenía abierta la puerta, acto de cortesía que, ni sus relaciones de parentesco ni la negligencia que nacía de vivir en su compañía, pudieron hacerles olvidar a los Talbert que ocuparon de nuevo sus asientos y nada interrumpió durante un largo rato el silencio que reinaba en la habitación, y, a decir verdad, estaban incomodados y descontentos de sí mismos. Por muy imposible que les pareciese la lucha con Rawlings, no por eso dejaban de sentirse humillados, cual sucede a un inglés de buena raza cuando se ve obligado a ceder a

una amenaza, y de eso nació el amor a la lucha a todo trance, que hizo de Inglaterra lo que hoy es. Esto sin contar con que los Talbert tenían mucho más cariño al niño de lo que querían confesar y, ya sea por esta causa o por otra cualquiera, lo cierto es que Herberto, al menos, manifestó alguna vacilación.—Supongo—dijo con el acento del hombre que trata de informarse,—que por esta vez no se podrá complacer a Beatriz.

Horacio fué el único que permaneció a la altura de las circunstancias.—No hay siquiera que pensar en ello—contestó severamente,—porque nos colocaríamos en una situación ridícula, convirtiéndonos, además, en objeto de todas las murmuraciones del condado.

Los dos se estremecieron sólo al pensar que podía llegar este caso, y en cuanto dependiese de ellos la suerte del niño estaba decidida. ¡Convertirse en la fábula del condado! ¡Era un pensamiento horrible y sabemos muy bien que las lenguas de los provincianos, sobre ser muy agudas, están muy afiladas! Algo preocupado su espíritu, buscaron distracción en las ocupaciones de su hogar y, en general, los «Tabbies» eran justos y minuciosos en los detalles, pero no exigentes. Pasaron aquel día, tanto Whittaker como la cocinera, mil apuros para darles gusto, y casi agotada la paciencia, se preguntaron hasta dónde iban a llegar sus exigencias.

Mientras esto sucedía en las habitaciones del piso bajo, Beatriz se encerró en la suya del principal para ocultar su trastornado rostro. Cerró la puerta, dando dos vueltas a la llave y se sentó en un sillón, permaneciendo largo rato con la cabeza apoyada en las palmas de las manos. No lloraba, y su actitud en aquel instante no era la de una mujer resignada a aceptar su suerte o una desgracia inevitable, sino que, por el contrario, dijérase tenía el aspecto de la persona que medita, busca y explora todos los senderos por los que puede salir de una situación comprometida. Todos los que escogía tenían, sin embargo, el inconveniente de que iban a parar a un callejón sin salida, porque la joven suspiraba con desaliento y, a pesar suyo, escapábase de los ojos algunas lágrimas rebeldes que se deslizaban silenciosamente por sus pálidas mejillas. Levantóse al cabo, llamó y mandó que la llevaran el niño,

que no tardó en presentarse, lanzando ese grito de alegría propio de él cuando la veía.

Le cogió en brazos, le estrechó en ellos contra su corazón, alisando sus lindos cabellos que formaban sedosos bucles, llamándole con mil nombres a cual más tierno y con esos cariñosos diminutivos con que es costumbre mimar a un chiquitín. Al contemplar cuadro semejante, comprendíase fácilmente que por nada en el mundo aceptaría la rendición sin combate que sus tíos consideraban con tanta tranquilidad necesaria para salvar la suya. Ni una sola de estas apasionadas exclamaciones, y fueron muchas en número, aludió a una próxima partida, y las ardientes caricias, a pesar de acompañarlas las lágrimas, no tenían el aire de un definitivo adiós. Pasado un buen rato, Beatriz, cuyo rostro estaba aún más pálido y contraído que antes, cogió al niño de la mano y bajó con él, deteniéndose durante un segundo ante la puerta de la habitación en la que dejara poco antes a sus tíos.—No veo otro medio, y es preciso emplearlo—murmuró, y con aire de solemne decisión empujó la puerta.

Fuese cual fuese la resolución que la animaba, el aspecto de la habitación vacía pareció concederle un plazo que no fué mal recibido por su parte. Suspiró con más desahogo, a pesar de que el plazo debía ser corto, porque no viendo a sus tíos hizo un movimiento como para ir en su busca. Pero de pronto cambió de nuevo su actitud, cediendo al parecer a una inspiración instantánea. Un ligero rubor cubrió sus mejillas, y con un movimiento rápido se llevó al niño, que confió a los cuidados de la Miller, marchándose luego a su habitación, en la que se encerró, quedando sumida en profunda meditación.—Es una esperanza—murmuró con la vista fija en el suelo,—pero es una, al fin, y es preciso probar. Hoy es jueves y hasta el sábado no harán nada.

Púsose en pie, y acercándose a la mesa, escribió una carta a Silvano Mordle, rogándole que fuese a verla aquella misma tarde, y si esto no era posible, al día siguiente muy temprano. Mandó a un criado que llevase la carta y se reunió con sus tíos. Estos la dirigieron investigadoras miradas, y con la conciencia algo inquieta, imaginando tal vez que se presentaba para aducir nuevas y más ardientes súplicas. Tal vez temieron también que iban a verse obli-

gados a ceder ante tanta insistencia, a despecho de las consecuencias deplorables que para ellos pudiera tener su debilidad. Beatriz, empero, no volvió a la carga, limitándose únicamente a decir si podía procurarse los vestidos que llevaba el niño la primera vez que con su presencia turbó la paz en Hazlewood.

Estos vestidos sabemos muy bien que los conservaba cuidadosamente doblados Horacio nada menos que en su caja de caudales. Como la petición no causaba ningún perjuicio a nadie, abrióse la férrea arca y sacaron un paquete obscuro, muy limpio y con una etiqueta primorosa hecha con gran esmero por Horacio. Este entregó el paquete a su sobrina que preguntó:—¿Vais a responder a la carta de esos curiales?

—No, porque el abandono del niño será una respuesta suficiente.

Aquella misma tarde se presentó Silvano Mordle, y su rostro estaba radiante por la combinación del ejercicio al aire libre y la alegría que le causó la carta de Beatriz. Aquel día se mostró a cien codos de altura sobre su lacrimoso nombre, y se frotó con satisfacción las manos, no tanto con objeto de restablecer la circulación en ellas, como con el de producir un alegre estallido. Deseó un buen año al buen Whittaker con un tono que significaba que los años felices formasen la regla y los años tristes la excepción. El anciano ayuda de cámara le devolvió respetuosamente sus felicitaciones y se atrevió a arriesgar una acerca del éxito obtenido por el reverendo en el sermón de Navidad que predicó. Mordle contestó con un chiste que hizo reír al anciano, y Beatriz oyó la voz breve y seca del pastor mucho tiempo antes de que hiciese su aparición en el salón.

Entró alegremente en éste y le dijeron que los dos hermanos habían salido, lo que no constituyó una sorpresa para él, sabiendo que los Talbert tenían la costumbre de dedicar todas las tardes unas cuantas horas al ejercicio. ¿Quién puede asegurar a punto fijo que Mordle no habla esperado para hacer su visita a que diese la hora en que los dos hermanos, tan metódicos en todo, tenían señalada para dar su paseo cotidiano? Una conversación íntima es sumamente agradable, aun cuando las dos cabezas amigas no encierran más que pensamientos de pura amis-

dad.—Me llamasteis—dijo,—aquí estoy. Dadme vuestras órdenes.

—He de pedir os un favor; esa es la causa de que os escribiese.—Beatriz se expresaba con tranquilidad; pero en sus modales observó el pastor algo que excitó su curiosidad.—Mandadme... lo que queráis... Sea lo que quiera de lo que se trate, estoy a vuestras órdenes—dijo Mordle.

Sus frases eran más concisas y enfáticas que de costumbre. En el fondo de su alma creía que iba a tratarse de Carruthers, a quien creía que amaba Beatriz y, no obstante, estaba decidido a ayudar con todas sus fuerzas al que le había arrebatado hasta el último vestigio de esperanza. El servicio que le pidió Beatriz se redujo sencillamente a acompañarla hasta Blacktown, pues tenía que hacer una visita imprescindible e indispensable en una parte de la población que no conocía absolutamente. Silvano Mordle se creyó muy honrado con esta confianza; ¿a qué hora debía ir? ¿Irán a pie o en coche? Beatriz le miró, y haciendo un esfuerzo le respondió lentamente:—Deseo que nadie, absolutamente nadie, ni aun mis tíos, sepan nada referente a ese viaje; ¿queréis esperarme en el camino de travesía a las diez de la mañana? Si abuso de vuestro tiempo o buena voluntad, hacedme el favor de decírmelo con entera franqueza.

—¡Abusar! ¡De ningún modo! A las diez os espero—dijo Mordle que, a pesar de la facilidad con que hizo la promesa, estaba inquieto y hasta sorprendido.

Negarse a prestar un servicio a Beatriz hubiera sido para él la mayor de las indignidades y, por tanto, no hacía cuestión de esto, pero era tan franco y tan leal en todo, en sus costumbres, idas y venidas, que todo lo que trascendía a misterio le repugnaba.—¿Se tratará, sin duda, de alguna visita caritativa?—añadió, no por mera curiosidad, sino por poner su conciencia al abrigo de la malicia.

—Es una visita que no implica nada malo—respondió gravemente Beatriz, y estas palabras dejaron satisfecho a Mordle, del mismo modo que las de una mujer bonita satisfacen la conciencia de un hombre. La fuerza de persuasión de que dispone siempre la belleza es verdaderamente incalculable.